

MI PRIMER QUIJOTE

Eduardo Otálora Marulanda

ILUSTRACIONES DE **Paola Acevedo**

CAPÍTULO 1

DE CÓMO DON QUIJOTE SE ATRAVESÓ EN LA VIDA DE LOS NIÑOS DE 3A Y, TAMBIÉN, DE LA HISTORIA QUE LA MAESTRA MILAGROS LES CONTÓ SOBRE EL LIBRO GORDO QUE SU ABUELO SE ENCONTRÓ EN TOLEDO, UNA CIUDAD DE LA MANCHA

Er an las 6:45 de la mañana. Todavía hacía frío, aunque el cielo estaba despejado y los rayos del sol pegaban con fuerza sobre los techos de los salones y sobre las cabezas de los niños. El colegio parecía un gallinero porque todos iban de un lado para otro contándose lo que hicieron en vacaciones. Era un típico primer día de clase.

En la sala de profesores, la maestra Milagros estaba sentada en una silla y sostenía entre sus manos una taza de café. Miraba por la ventana hacia el patio. Las manos le temblaban, pero no era que tuviera frío. Estaba nerviosa porque era la primera vez que iba a dar clase y eso la emocionaba mucho. Desde que era niña soñaba con ser profesora y ese día, por fin, se le cumpliría el deseo.

A las 6:55 sonó el primer timbre, el que anunciaba que en cinco minutos comenzarían las clases. Por los pasillos del colegio los niños empezaron a correr hacia sus salones. La maestra Milagros salió de la sala de profesores y vio la algarabía. Un grupo de niños de 2A pasó corriendo. Casi le tumban el café y el libro grandote que llevaba abrazado. En la portada se alcanzaba a ver a un hombre muy delgado que usaba una bacinilla en la cabeza, como si fuera un casco, y que estaba montado sobre un caballo flaco y viejo.

Frente al salón de 3A había un grupo que miraba con atención a la maestra Milagros. Eran Federico, que siempre estaba sonriendo y quitándose el pelo que se le metía en los ojos; Antía, que tenía papá alemán y por eso era la más alta del curso; Carmen, que ese año por fin se dejó suelto el pelo crespo y por eso se veía más bonita que nunca; Salvador, a quien le costaba quedarse quieto y en los descansos le daba mil vueltas al patio corriendo para quemar energía; Emilio, que estaba estrenando gafas “irrompibles” porque el año

pasado había roto tres pares, y Salomé, que tenía los ojos más negros, grandes y lindos del colegio.

La maestra Milagros llegó a donde estaban los niños y, sonriendo con mucha dulzura, les preguntó:

–¿Ustedes son de 3A?

–Sí, profe –respondió Federico.

–¿Usted es la nueva profe de Español? –preguntó emocionada Salomé.

–Sí –respondió la maestra Milagros justo cuando sonó el segundo timbre–. ¿Entramos?

Y todos entraron al salón.

La maestra Milagros dejó su café y el librote sobre el escritorio que estaba frente al tablero. Luego esperó a que todos se sentaran y se quedaran en silencio. Emilio fue el último en callarse. Estaba muy emocionado contándole a Salvador que le habían regalado de Navidad una patineta con

luces y motores. La maestra Milagros los miró con curiosidad. Entonces Emilio le dijo a Salvador:

–Después te cuento, que la profe nos está mirando.

En ese momento la maestra Milagros habló:

–Buenos días, damas y caballeros. Mi nombre es Milagros Concepción de los Ángeles Gómez y Quintanilla.

Todos en el salón se miraron sorprendidos por ese nombre tan raro.

–Es un nombre español –continuó diciendo la maestra Milagros–. Es la suma de los nombres de mis abuelas, las que viven en una región que se llama La Mancha, allá en España. Pero como es tan largo, si les parece, díganme solo profe Milagros.

Con lo de «profe Milagros» se facilitaban las cosas, así que los niños se relajaron y la siguieron escuchando.

–¿Les gustan las historias? –preguntó ella.

Salvador fue el primero en levantar la mano y dijo:

–A mí me gusta que mis papás me lean cuentos por la noche, porque me entra el sueño rapidito y, *pum*, a dormir.

Luego levantó la mano Salomé.

–A mí me gustan los cuentos que dan en la tele los sábados por la mañana.

–A mí me encantan los cómics que tiene mi hermano –dijo Antía sin levantar la mano–. Él no me los presta, pero yo se los cojo a escondidas de la mesita de noche y me los leo.

–A mí me gusta ir a donde mi abuelo Ciro –dijo Emilio acomodándose las gafas– porque me cuenta cómo era la vida en la finca cuando él era niño.

–A mí también me gusta mucho visitar a mi abuelo, que vive en España –dijo la maestra Milagros

agarrando el libro gordo que estaba sobre el escritorio—. Y fue él quien me regaló este libro. En unas vacaciones, cuando yo era niña como ustedes, me llevó a la biblioteca gigante que había en su casa y dijo que me regalaría un tesoro. Yo pensé que iba a sacar un cofre con joyas y esas cosas, pero lo que sacó fue un libro y me dijo: «Este libro me lo encontré hace muchísimos años en una tienda de antigüedades a la que fui con mi mamá. El señor que atendía era igualitico al de la portada, por eso pensé que era un libro sobre su vida, una biografía. Cuando me vio tan interesado en el libro, me preguntó que si yo conocía al ingenioso hidalgo, don Quijote de La Mancha. Yo le dije que no y le apreté la mano a mi mamá. Entonces me contó quién era y yo me emocioné mucho y le pedí a mi mamá que me comprara el libro. Desde esa época lo tengo. En él están todas las palabras de nuestro idioma y también, si uno tiene imaginación, todas las historias del mundo». Yo me quedé congelada y le dije a mi abuelo que no entendía. Pero él me dijo que lo leyera, que ya iba a entender lo que me quería decir. Y yo lo leí esas vacaciones y luego lo



he leído muchas veces. Y, sí, mi abu me regaló un tesoro. ¿Ustedes también quieren tener este tesoro?

–Pero, profe –dijo Carmen preocupada–, esta es la clase de Español. ¿No nos tiene que enseñar las tildes y esas cosas?

–Sí, pero lo vamos a aprender con las historias del Quijote que están en este libro –respondió la maestra Milagros–. ¿Les gusta la idea?

Y, sí, a todos les gustó.

Entonces la maestra Milagros les pidió que acomodaran los pupitres en un rincón y que se sentaran en el suelo haciendo un círculo. Ella se sentó con las piernas cruzadas, apoyó en ellas el libro, lo abrió y empezó a contar:



En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre el autor no quiere acordarse, hace tiempo vivió un hidalgo noble y generoso que

tenía su lanza, espada y armadura olvidadas en algún rincón de la casa.

De él se dice que tenía unos cincuenta años (lo que para su época era ser casi un anciano), que era muy delgado, pero también fuerte, que le gustaba mucho madrugar y que uno de sus pasatiempos era la cacería, porque en ese tiempo todavía se practicaba.

Algunos dicen que su apellido original era Quijada, otros dicen que era Quesada, pero la mayoría coinciden en que se apellidaba Quijano. Aunque eso poco importa por ahora, pues lo que nos interesan son sus increíbles aventuras. Estas empezaron con los libros. Se cuenta que los ratos de ocio que tenía, que eran muchos, por su edad avanzada, los dedicaba a la lectura de libros de caballería. Era tan aficionado que casi olvidó que debía encargarse de los oficios de la casa y nunca volvió a salir a cazar.

Dicen que le gustaban tanto estos libros que, incluso, vendió algunas de sus tierras para comprarlos y así agrandar su biblioteca, el lugar más importante de su casa. Allí se pasaba las horas concentrado en la lectura. Como se decía en ese tiempo: «... se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio...». Es decir, leía todo el día y toda la noche.

De tanto leer y de tan poco dormir se le «secó el cerebro», mejor dicho, se enloqueció y se le llenó la cabeza de fantasías. A tal punto llegó su locura que empezó a creer que eran verdaderas todas esas invenciones que leía.

Entonces, se le vino a la mente el más loco pensamiento: le pareció bueno y necesario, para él y para su país, hacerse caballero andante, que en esa época significaba convertirse en un hombre que dedicaba su vida a defender la justicia y auxiliar a los más necesitados. Para lograr este objetivo,

pensó, debía irse por todo el mundo a buscar aventuras, solucionando líos y liberando reinos. Así, creyó, iba a recibir renombre y sería un caballero famoso.

Loco como estaba, se puso entonces a la tarea de limpiar las armas que habían sido de sus bisabuelos, esas que estaban por allá olvidadas. Las encontró llenas de moho y en tan mal estado que el casco se había roto y apenas cubría una parte de la cabeza.

Pero esto no desanimó al entusiasta aspirante a caballero y, más pronto que tarde, se puso a repararlo con cartón y pegante. El casco, visto de lejos, quedó parecido a los que usaban los caballeros de los libros, aunque era seguro que no resistiría ni un suave ataque del viento. Sin embargo, esto no le importó a don Quijote y se lo ajustó bien fuerte en la cabeza, sintiendo que ya la valentía empezaba a recorrerle el cuerpo.

Después el buen hombre fue a ver su caballo, porque no hay caballero sin caballo. Lo vio bello, fuerte y rozagante, casi como el legendario Bucéfalo del emperador Alejandro Magno, o como Babieca, el mítico caballo del Cid campeador, uno de los más renombrados caballeros. Pero, en realidad, el caballo no era más que piel y huesos. Sin embargo, viéndolo él así de hermoso, decidió llamarlo Rocinante.

Luego estuvo durante ocho días pensando el nombre que se pondría a sí mismo, porque si es importante el nombre del caballo, imagínense el del caballero. Después de mucho pensarlo y de descartar tantas opciones como libros tenía en su biblioteca, se quedó mirando las repisas por un momento y pensó: «Si voy a ser el más famoso caballero andante, me daré un nombre que le recuerde a la gente el que tenía cuando era un don nadie. Y lo haré porque así también se recordará mi

nobleza, mi gentileza al evocar en la fama lo que fui en la miseria».

Llevado por estos pensamientos y otros parecidos, decidió entonces que se llamaría don Quijote, y que, por ser de La Mancha, su nombre entero sería don Quijote de La Mancha.

Listas sus armas, bautizado su caballo y también él mismo, se dio cuenta de que le faltaba otro ingrediente para ser un caballero: una dama de quien estar enamorado y a quien dedicarle todas sus futuras victorias. Fue así como recordó a una mujer que vivía cerca y de la que hacía tiempo se había enamorado, aunque ella nunca le prestó atención. Ella se llamaba Aldonza Lorenzo y era una mujer trabajadora y muy buena persona. A don Quijote ella le pareció perfecta para ser la «señora de sus pensamientos» y, entonces, decidió también buscarle un nombre que fuera tan bello como el suyo y el de su

caballo. Necesitaba uno que sonara como a nombre de princesa y gran señora. Luego de pensarlo por un momento, la llamó Dulcinea de El Toboso, porque, según sabía, ella había nacido en una región que se llamaba El Toboso.

En ese momento sonó el timbre avisando que era hora de ir a la siguiente clase. Ninguno de los niños se levantó del suelo y corrió hacia la puerta, como hacían siempre. Se quedaron ahí sentados hasta que la maestra Milagros les dijo:

–Niños, es hora de ir al salón de Matemáticas. No se les olvide organizar los pupitres antes de salir.

–¿Matemáticas? ¡Qué Matemáticas ni qué nada!
–dijo molesta Antía–. Yo lo que quiero saber es qué le pasó a don Quijote.

–Mañana, mis niños, mañana –dijo la maestra Milagros mientras se levantaba del suelo.